

# 1, Unción de los enfermos



26 de febrero de 2014

Quisiera hablar hoy del Sacramento de la Unción de los Enfermos que nos permite tocar con la mano la compasión de Dios por el hombre. En el pasado se lo llamaba 'extremaunción', porque se entendía como confort espiritual en el momento de la muerte. Hablar en cambio de Unción de los Enfermos, nos ayuda a ampliar la mirada a la experiencia de la enfermedad y del sufrimiento, en el horizonte de la misericordia de Dios. Hay una imagen bíblica que expresa en toda su profundidad el misterio que aparece en la unción de los enfermos. Es la parábola del buen samaritano en el Evangelio de Lucas. Cada vez que celebramos tal sacramento, el Señor Jesús en la persona del sacerdote, se vuelve cercano a quien sufre o está gravemente enfermo o es anciano. Dice la parábola, que el buen samaritano se hace cargo del hombre enfermo, poniendo sobre sus heridas, aceite y vino. El aceite nos hace pensar en el que es bendecido por el obispo cada año en la Misa Crismal del Jueves Santo, justamente teniendo en vista la unción de los enfermos. El vino en cambio es signo del amor y de la gracia de Cristo, que nacen del don de su vida por nosotros, y se expresan en toda su riqueza en la vida sacramental de la Iglesia. Y al final la persona que sufre es confiada a un posadero para que pueda seguir cuidándolo sin ahorrar gastos.

Ahora, ¿quién es este posadero? La Iglesia y la comunidad cristiana, somos nosotros a quienes cada día el Señor Jesús confía a quienes están afligidos en el cuerpo y en el espíritu para que podamos seguir poniendo sobre ellos y sin medida, toda su misericordia de salvación. Este mandato es reiterado de manera explícita y precisa en la carta de Santiago. Se recomienda que quien esté enfermo llame a los presbíteros de la Iglesia, para que ellos recen por él ungiéndolo con aceite en nombre del Señor, y la oración hecha con fe salvará al enfermo. El Señor lo aliviará y si cometió pecados le serán perdonados. Se trata, por lo tanto, de una praxis que se usaba ya en el tiempo de los Apóstoles.

Jesús, de hecho, les enseñó a sus discípulos a que tuvieran su misma predilección por los que sufren y les transmitió su capacidad y la tarea de seguir dando, en su nombre y según su corazón, alivio y paz, a través de la gracia especial de tal sacramento.

Esto, entretanto, no tiene que hacernos caer en la búsqueda obsesiva del milagro o de la presunción de **poder obtener**, siempre y de todos modos, la curación; pero sí la seguridad de **la cercanía de Jesús al enfermo, también al anciano, porque cada anciano o persona con más de 65 años puede recibir este sacramento. Es Jesús el que se acerca.**

Pero cuando hay un enfermo y se piensa: "llamemos al cura, al sacerdote. No, no lo llamemos, trae mala suerte, o el enfermo se va a asustar". ¿Por qué?, porque se tiene un poco la idea de que cuando hay un enfermo y viene el sacerdote, después llegan las pompas fúnebres, y eso no es verdad. **El sacerdote, viene para ayudar al enfermo o al anciano**, por eso es tan importante la visita del sacerdote a los enfermos. Llamarlo **para que a un enfermo le dé la bendición, lo bendiga, porque es Jesús quien llega, para darle ánimo, fuerza, esperanza y para ayudarlo; y también para perdonar los pecados. Esto es hermoso.**

No piensen que esto es un tabú, porque siempre es lindo saber que **en el momento del dolor y de la enfermedad no estamos solos**. El sacerdote y quienes están durante la Unción de los Enfermos representan, de hecho, a toda la comunidad cristiana, que como un único corazón, con Jesús, se acerca entorno a quien sufre y a sus familiares, alimentando en ellos la fe y la esperanza y apoyándolos con la oración y el calor fraterno. Pero el confort más grande viene del hecho de que quien se vuelve presente **en el Sacramento es el mismo Señor Jesús, que nos toma de la mano y nos acaricia como hacía Él con los enfermos. Y nos recuerda que le pertenecemos y que ni siquiera el mal y la muerte nos podrán separar de Él.**

Tengamos esta costumbre de llamar al sacerdote para nuestros enfermos, no digo para los resfriados de tres o cuatro días, pero cuando se trata de una enfermedad seria, para que el sacerdote venga a darles también a nuestros ancianos este sacramento, este confort, esta fuerza de Jesús para ir adelante. Hagámoslo.